

LAS CATEGORÍAS DE ESPACIO Y TIEMPO EN EL MARCO TEÓRICO DE LA POSMODERNIDAD

THE CATEGORIES OF SPACE AND TIME WITHIN THE THEORETICAL FRAMEWORK OF POSTMODERNISM

Javier Rodríguez González
I.E.S. Diego Marín Aguilera - Burgos

Recibido: 17/11/2011

Aceptado: 15/02/2012

Resumen:

En este artículo se pretende analizar y pasar revista al intenso debate de los últimos decenios sobre las categorías de espacio y tiempo en el marco teórico de la postmodernidad. Asimismo se analizará someramente la incidencia del paradigma espacio-temporal del capitalismo avanzado como ideología motriz de las nuevas formas de vida y de desarrollo urbano.

Palabras clave: capitalismo, urbanismo, espacio, tiempo, postmodernidad.

Abstract:

This article aims to analyze and review the intense debate of recent decades on the categories of space and time within the theoretical framework of postmodernism. It also discuss briefly the impact of time-space paradigm of advanced capitalism as an ideology driving new forms of life and urban development.

Keywords: capitalism, urbanism, space, time, postmodernity.

Introducción: aproximaciones a un nuevo paradigma espaciotemporal

La profusión de artículos académicos, tesis, ensayos, seminarios o conferencias que, desde diversas perspectivas, han abordado recientemente el estudio de las categorías de espacio-tiempo y sus singulares imbricaciones *-cronotopías¹*- nos induce

¹ Originalmente, la noción de cronotopo fue acuñada por el formalista ruso Mijaíl Bajtín: "Llamaremos cronotopo (literalmente tiempo espacio) a la conexión intrínseca de las relaciones temporales y espaciales (...) Este término es empleado en matemáticas y fue introducido como parte de la Teoría de la

a valorar la existencia de un emergente campo de estudio integrado en el vasto marco teórico de la posmodernidad. Se observa asimismo que las orientaciones predominantes en este tipo de trabajos suelen adscribirse al ámbito específico de la geografía humana, si bien, su marcada tendencia a la hibridación cultural invalida cualquier tentativa de clasificación. Así, una de las facetas más reconocibles de la *episteme* posmoderna se manifiesta en la influencia recíproca de las ciencias sociales: sociología, antropología, literatura comparada, crítica y semiótica cinematográfica convergen en un espacio de encuentro interdisciplinar, se iluminan y se retroalimentan fecundamente.

Resulta difícil comprender la persistente renuencia de ciertos sectores intelectuales a aceptar el acusado sincretismo metodológico que muestran estos trabajos. Esta actitud -siempre al socaire de una falsa ortodoxia académica- enmascara un dislate elemental: la imposición de un conjunto de normas fijas al objeto de estudio, invirtiendo el orden cabal de toda investigación al deslegitimar, ya *a priori*, los elementos que puedan delatar la obsolescencia de los criterios empleados.

En los albores del tercer milenio, estamos asistiendo a un cambio muy profundo de las relaciones espaciotemporales, en el marco de una sociedad regida por una ideología globalizada. Dada la limitada extensión del presente trabajo, no es posible abordar en él un estudio exhaustivo de todos los factores que han impulsado esta revolución en la concepción de las categorías de espacio y tiempo, ni trazar una genealogía, por sucinta que ésta sea, de la frondosa bibliografía existente. No obstante, por su especial incidencia en diferentes órdenes de nuestra vida, convendría dedicar algunas reflexiones de carácter global al problema de la tecnología. Es obvio que los espectaculares avances informáticos han tenido una importancia crucial en la configuración de este nuevo paradigma espaciotemporal. De forma muy esquemática, podemos indicar las principales consecuencias:

- El sujeto posmoderno experimenta procesos perceptivos que transcurren en unas coordenadas espacio temporales abstractas. Si la destrucción de la imagen del mundo es la primera consecuencia de la técnica, como advertía proféticamente Octavio Paz (2003), hay que decir también que su mediación ineludible en todos los procesos sociales se traduce en un divorcio radical entre el individuo y la realidad que éste percibe. Nuestra imagen del mundo se ve deturpada por la interferencia de los medios técnicos, que transmiten una determinada “imagen de lo real” y manipulan nuestras percepciones sensoriales.
- Las nuevas formas de comunicación cibernética establecen reglas pragmáticas novedosas a las que el *homo pantalicus* (Lipovetsky y Serroy, 2010) inexorablemente deberá adaptarse. De este modo, los intercambios comunicativos y también los procesos de socialización se desarrollan en una marco situacional virtual, donde la personalidad se difumina y en el que se impone el anonimato.
- Las redes sociales, los programas para *chatear* y comunicarse a través de la red, no son simples instrumentos que mejoran las “relaciones humanas”, sino que, de forma paradójica, nos aíslan aún más. Como afirma Peter Sloterdijk (1999:189):

Relatividad (...) lo que nos importa es el hecho de expresar la inseparabilidad del tiempo y el espacio (el tiempo como cuarta dimensión del espacio” (Zavala, 1969).

“cada vez es mayor el número de individuos que, por su modo de vida y la conciencia de sí de que hacen gala, pueden describirse como islas nómadas. En este «individualismo de apartamento» de las grandes ciudades posmodernas, la insularidad llega a convertirse en la definición misma del individuo.” Suele omitirse también que las redes sociales multiplican las posibilidades espaciales porque nos brindan la oportunidad de vivir virtualmente en varios lugares al mismo tiempo.

Espacio: giro espacial, no-ciudad y violencia simbólica

Puede afirmarse, aun a riesgo de caer en una simplificación excesiva, que el tránsito de la modernidad a la posmodernidad trajo consigo una mayor focalización en el espacio en detrimento del tiempo². En este sentido, los principales estudiosos coinciden en señalar, con leves divergencias, la existencia de un auténtico *giro espacial*, cuyos orígenes se remontan a los años sesenta de la pasada centuria. Comenzaba a gestarse entonces, en plena efervescencia del posestructuralismo, un proceso de deconstrucción minuciosa de ciertas categorías filosóficas vinculadas a una percepción de la temporalidad demasiado estática y limitada.

Foucault se expresaba en estos términos:

La época actual quizá sea sobre todo la época del espacio. Estamos en la época de lo simultáneo, estamos en la época de la yuxtaposición, en la época de lo próximo y lo lejano, de lo uno al lado de lo otro, de lo disperso. Estamos en un momento en que el mundo se experimenta, creo, menos como una gran vida que se desarrolla a través del tiempo que como una red que une puntos y se entreteje. Tal vez se pueda decir que algunos de los conflictos ideológicos que animan las polémicas actuales se desarrollan entre los piadosos descendientes del tiempo y los habitantes encarnizados del espacio. (Del Río, 2010:150)

Frederic Jameson (1991), otro de los patriarcas ideológicos del discurso postmoderno, nos ofrece una reflexión semejante sobre la naturaleza de todas estas mutaciones:

No obstante, se nos ha dicho a menudo que ahora habitamos lo sincrónico en vez de lo diacrónico, y creo que se puede argumentar, al menos empíricamente, que nuestra vida diaria, nuestra experiencia psíquica, nuestros lenguajes culturales, están hoy por hoy dominados por categorías de espacio y no por categorías de tiempo, como lo estuvieran en el período precedente del auge del modernismo.

Para Constenla Vega (2010:18), la importancia de la espacialidad y del espacio en el contexto de las ciencias sociales se agudizó debido a la influencia de los estudios culturales, que tuvieron en la tradición marxista un punto de apoyo fundamental. A partir de la década de los setenta y del siglo XX, y sobre todo en las posteriores, el debate marxista occidental surgía como una especie de crítica al sistema cultural del capitalismo.

² Hablamos aquí de “tránsito” sin perder de vista que la relación entre modernidad y posmodernidad no ha de reducirse a un esquema de causalidad tan simplista. Aceptamos la propuesta de G.Vattimo, quien considera que ambos procesos mantienen una relación dialéctica y transversal, puesto que se superponen temporalmente. Cf. G.Vattimo (1996).

Esta preeminencia de lo espacial sobre lo temporal se manifiesta también en otros círculos culturales. Con el auge del movimiento vanguardista a comienzos del siglo XX se percibía, de manera incipiente, una mayor vocación plástica en algunas obras líricas, un creciente interés por artefactos estéticos híbridos y, en general, una interpenetración artística muy acusada, especialmente entre poesía y pintura. Los cuadros de Paul Klee, los experimentos tipográficos de los poetas futuristas o la escritura caligramática de G. Apollinaire, entre tantos otros ejemplos. Años andando, asistimos también a la aparición de novelas experimentales como *Rayuela* (1963) de Julio Cortázar, *Oficio de tinieblas 5* (1973) de Camilo José Cela o *Larva* (1983) de Julián Ríos, por citar solo las más significativas dentro de la literatura en lengua castellana. Todas ellas eran propuestas narrativas subversivas que cuestionaban la ligazón tradicional entre oralidad y escritura o la concepción logocéntrica de lo literario. Por otra parte, en el campo de los estudios literarios puede advertirse en los últimos años un interés por la dimensión espacial. Cabo Aseguinolaza (2004:22) distingue tres focos de atención: a) la definición del objeto de la historia desde una perspectiva geográfica; b) la articulación interna de la tarea historiográfica de acuerdo con pautas de organización y de estructuración de los contenidos de índole espacial; y c) el recurso a modelos teóricos y epistemológicos que implican en sí mismos una definición del objeto en donde la espacialidad prima sobre la temporalidad.

No obstante, como ya sugeríamos en la introducción, donde el *giro espacial* tuvo una mayor repercusión fue en el campo de la geografía. En la órbita del posmarxismo destacan autores como David Harvey, con su exitosa propuesta del materialismo histórico-geográfico, E. Soja o M. Santos. Todos ellos contribuirían a un importante *aggiornamento* de la geografía y a la superación de una situación de estiaje epistemológico en el que se hallaba sumida³.

Esta toma de conciencia de la importancia del espacio se materializó en copiosos trabajos sobre las ciudades posmodernas, metamorfoseadas por la ideología de la sociedad de consumo y su hegemónico código de valores. El trazado racionalista, cartesiano, de las ciudades europeas decimonónicas -el ejemplo arquetípico sería el París de Baudelaire y los flâneurs- ha sido sustituido por una concepción urbanística basada en el caos organizativo, en la estructura *hipertextual* y *rizomática*, en una *dispositio* que privilegia la compartimentación arbitraria, azarosa, de determinadas áreas geográficas, debido a la concentración de los flujos de capital transnacionales. "Los «paisajes del capitalismo tardío» han sido descritos como un tipo de entornos híbridos, semióticamente redundantes, (...) formados principalmente por pantallas, con escenografías compuestas de retales y distintos estilos arquitectónicos y dominados por la lógica de la movilidad" (Puente Lozano, 2009:284).

Las ciudades son conceptualizadas como inmensos centros comerciales, asépticos y carentes de símbolos ajenos al consumo y la diversión, como simples variaciones de un parque temático, según la conocida expresión del arquitecto M. Sorkin (2004), que da título también a su obra más influyente.

En este sentido, la no-ciudad ha sido una de las propuestas que ha gozado de mayor predicamento en el campo teórico de los estudios culturales sobre los modelos

³ Cf. Constenla Vega (2010:75).

urbanos contemporáneos. Marc Augé (1994) define la no-ciudad a partir de la dialéctica entre *lugar* y *no-lugar*, omnipresente en todo su pensamiento. El lugar es concebido como el espacio antropológico de la identidad; el no-lugar representa, a la inversa, un espacio amnésico, efímero, sujeto a los designios y a las fluctuaciones incesantes de la ideología consumista.

A este respecto, Manuel Delgado (2007:67) compara la idea cartesiana de no-lugar a la definición kantiana de espacio abstracto o espacio puro, entendido como aquel en el que, en última instancia, todo movimiento puede ser pensado. Por otra parte, siguiendo la estela de M.Augé, E.Lévinas (1997:44) nos ofrece una visión pesimista, coincidente con la del sociólogo francés que esbozábamos anteriormente, así alude a “un no-lugar para un no-sociedad, para una sociedad sin solidaridad, sin mañana, sin compromiso, sin intereses comunidad, sociedad del juego”.

A modo de síntesis, convendría exponer las características más llamativas de la no-ciudad:

- La creación de espacios urbanos sin memoria, como las urbanizaciones en la periferia de las grandes ciudades, vacías de cualquier significado que trascienda su propia funcionalidad. Una especie de *fetichismo racionalista* encarcela al individuo en complejos residenciales, donde podrá disponer de todas las comodidades y prestaciones imaginables.
- Esta conciencia de no-lugar se ve intensificada además por la extinción *lo local*, de los símbolos o referentes culturales que el sujeto asume e interpreta como propios, que afianzan sus sentimientos atávicos de pertenencia a un comunidad.
- La homogenización topográfica constituye uno de los resultados más visibles del poder de la globalización. El centro de las capitales europeas es fácilmente reconocible por una serie de marcas comerciales, restaurantes de comida rápida, tiendas de ropa o grandes almacenes, omnipresentes en nuestra sociedad globalizada. El concepto de *ciudad histórica* se ve amenazado por el poder uniformador de la globalización. Simultáneamente, se observa también la estandarización de formas de ocio, a las cuales la ciudad forzosamente ha de adaptarse, traicionando su propia identidad y morfología.

Tiempos líquidos y emancipación

Una vez superados ciertos prejuicios esencialistas, y trascendiendo la categorización mostrenca que el positivismo hacía del mismo, se suele concebir el tiempo como una forma de autorrepresentación social, bien arraigada en el seno de cada civilización. Así pues, las distintas formaciones culturales se organizan conforme a una visión singular de las relaciones espaciotemporales⁴ que cristalizan en una forma

⁴ F.Braudel (2001) recuerda que cada civilización está sólidamente enraizada en un espacio determinado: el espacio que es uno de los indispensables componentes de la realidad. Antes de ser aquella unidad en las manifestaciones del arte en Nietzsche vía su mayor verdad, una civilización es, básicamente, un espacio trabajado, organizado por los hombres y la historia.

de ser y estar el mundo, de percibir la realidad, en un *habitus*, empleando el idiolecto sociológico de Pierre Bourdieu (2000).

En el ámbito estrictamente filosófico, Henri Bergson fue uno de los pensadores más críticos con las nociones de temporalidad positivistas. En su doctrina de la conciencia humana, el filósofo francés ofrece una visión del tiempo fundada en la idea de duración real. La duración significa el progreso continuo del pasado que roe el futuro, y acrecienta avanzando. La memoria no es una facultad especial, sino que constituye el mismo devenir espiritual que espontáneamente lo conserva todo en sí mismo. Dicha conservación total conlleva también una creación total, puesto que en ella, cada momento, aún siendo el resultado de todos los momentos precedentes, es absolutamente nuevo respecto a ellos⁵.

Se ha dicho en numerosas ocasiones que la temporalidad por excelencia de nuestro siglo es el presente. El sujeto postmoderno vive la utopía del instante eterno, de un ahora etéreo, intangible, evanescente, que de algún modo constituye también el anhelo del “no-fluir del tiempo”. Esta concepción temporal puede sintetizarse, *grosso modo*, en una doble significación: a) la ilusión de la inmovilidad temporal, b) la aceleración de la percepción de la temporalidad. Dos componentes en apariencia contradictorios que evidencian, una vez más, el carácter paradójico de lo posmoderno.

El sociólogo Z. Bauman ha acuñado el concepto de tiempo puntillista para describir la vida acelerada, como rasgo caracterizador de un nuevo modelo humano:

El tiempo en la era de la sociedad moderna líquida de consumo no es cíclico ni lineal, como era en otras sociedades conocidas de la historia moderna o premoderna. Yo me atrevería a sugerir que es, más bien, puntillista: descompuesto en una multitud de pedacitos, reducido cada uno de ellos a un punto cada vez más próximo al ideal de adimensionalidad que la geometría atribuye a éste (Bauman, 2010:245).

Apunta en una misma dirección Lipovetsky (2006:63), cuando señala que la reorganización del régimen del tiempo social está en el paso del capitalismo productivo a una economía de consumo y comunicación de masas, el relevo de una sociedad rigorista y disciplinaria por una “sociedad moda”, reestructurada de arriba abajo por las técnicas de lo efímero, la renovación y la seducción permanente:

Una de las consecuencias más notables de la fuerza del régimen presentista es el clima de opresión que hace sentir en la vida de las organizaciones y de las personas. (...) Cada vez se exige que haya más resultados a corto plazo, hacer más en el menor tiempo posible, obrar sin tardanza (...) La hipermodernidad se caracteriza por la ideologización y la generalización del reinado de la urgencia.

Debe ponerse en relación la percepción fragmentaria de lo temporal con la *falsa conciencia del tiempo*. Tanto en *La sociedad del Espectáculo* como en su película homónima, Debord (1996:135) afirma que el espectáculo, como organización social establecida de la parálisis de la historia y de la memoria, del abandono de la historia erigido sobre la base del propio tiempo histórico es la *falsa conciencia del tiempo*. Alude también a la existencia de un tiempo seudocíclico: “mientras que el consumo del tiempo cíclico de la sociedades antiguas estaba en consonancia con el trabajo real de

⁵ Cf. N. Abbagnano (1978:391)

tales sociedades, el consumo seudocíclicos de la economía desarrollada se encuentra en contradicción con el tiempo abstracto irreversible de su producción”

En otras palabras: el discurso postmoderno se desmarca de las categorías de cronología lineal en las que se sustentaban los modelos analíticos de la modernidad. Durante la Ilustración se forjó una teleología *emancipatoria* fundada en la sacrosanta idea de progreso, al que se identificaba con una temporalidad utópica -tiempo imaginario-, como elemento medular de un racionalismo instrumental que aspiraba a poder contener la realidad en un sistema omnicomprensivo.

P.Nisbet (1996:19) critica el mito del progreso como motor de la historia y referente capital para el desarrollo de las sociedades: “Durante unos tres mil años no ha habido ninguna idea más importante, y ni siquiera quizás tan importante, como la idea de progreso”. Además, sugiere que esta concepción lineal del devenir histórico dimana de la propia escatología cristiana.

Esta disolución de un secular de temporalidad, se traduce simultáneamente en una pérdida de la conciencia histórica, que cuenta, como principal testimonio teórico con las polémicas tesis de Francis Fukuyama (1992) sobre un hipotético fin de la historia - en posteriores artículos matizaría sensiblemente sus propios planteamientos e incluso acabaría por renegar de los mismos-.

Se hace de nuevo obligada la alusión hay W.Benjamin, quien cumplió con su cometido profético al ser capaz de articular una crítica visionaria contra los modelos de interpretación marxista de la temporalidad, ya que éstos adolecían de una interpretación simplista y unidireccional del devenir histórico: “La historia, desde hace mucho tiempo, no busca ya comprender los acontecimiento a través de un juego de causas y en la unidad informe de un gran devenir, vagamente homogéneo o duramente jerarquizado” (2008:56).

Conclusiones

Las categorías de espacio y tiempo han ocupado un lugar central en el debate filosófico desde el período ilustrado hasta nuestros días. Recordemos que para Leibniz el espacio y el tiempo carecían de realidad, tratándose exclusivamente de nociones virtuales, deducidas a partir de la percepción empírica de los fenómenos externos. Por su parte, Kant concebía las categorías de espacio y tiempo como representaciones inherentes e inmanentes a la propia conciencia humana: “El espacio no es algo objetivo ni real, ni substancia, ni accidente, ni relación, sino algo subjetivo e ideal, que brota de la mente, según ley estable, como un esquema coordinador de todo lo sentido externamente”. Asimismo, en la *Crítica de la razón pura* (1982:82-83) considera que el tiempo y el espacio son intuiciones *a priori* de la experiencia sensible: “permanece para nosotros absolutamente desconocido qué sean los objetos en sí, independientemente de toda esa receptividad de nuestra sensibilidad (...) Nosotros únicamente nos ocupamos de nuestro modo de percibir. El espacio y el tiempo son sus formas puras; la sensación es su materia.”

Ya en el siglo XIX, algunos filósofos postulan, tímidamente, una revisión de las concepciones espaciotemporales. La crítica de Nietzsche a la cultura occidental y a los

valores del cristianismo implica también un replanteamiento de fundada en una concepción de la historia que la escatología cristiana. Esta labor de relectura crítica de la tradición secular se intensificará notablemente en la segunda mitad del Siglo XX, gracias al impulso de la física⁶.

Hoy, con el auge del pensamiento posmoderno se ha impuesto una visión del tiempo que bien podemos calificar de antihegeliana y, por ende, antimarxista. Es conocido que Hegel concebía la historia como un proceso dialéctico evolutivo, susceptible de ser estructurado en diversos estadios de desarrollo, y que avanza indefectiblemente a una etapa final, que posteriormente Marx identificaría con la dictadura del proletariado y la aparición de una sociedad sin clases. Pero la posmodernidad, como afirma Sáenz Loroño (2011), no dispone de ningún mecanismo de representación histórica del futuro. El presente posmoderno no imagina, ni produce, una exterioridad ontológica, sino que recuerda y reproduce dentro del sistema. Por ello, parece constituir un tiempo en suspenso, un “presente obturado”.

Antes de dar por concluido el trabajo, podemos bosquejar, en apretada síntesis, algunas conclusiones generales:

- Espacio y tiempo presentan una relación de interdependencia: toda reflexión sobre el espacio requiere forzosamente del tiempo y viceversa. Además, ambas categorías han experimentado proceso de mayor abstracción en los últimos años, gracias a la influencia de los avances informáticos y técnicos.
- Es preciso valorar también la importancia del tiempo y espacio como factores sustentadores de una ideología hegemónica que vertebra la sociedad del espectáculo, puesto que se constituyen como formas de dominación y fuerzas alienantes de la mentalidad consumista que impera en los medios de masas. El control del espacio y la imposición de un ritmo de vida acelerada demuestran la importancia del valor semiótico del espacio y el tiempo.
- La objetivación de las experiencias espaciales y temporales, como resultado lógico de un proceso más amplio de homogeneización global del ser humano. Los rituales de consumo, como formas de vida estandarizadas ejemplifican la fascinación del hombre de la era posmoderna por una falsa diferencia. Pensemos, por ejemplo, en la estandarización de las formas de ocio. Así, se han creado lugares de consumo idílicos, definidos por una serie de rasgos identificativos. Los viajes organizados, los complejos comerciales y hoteleros reflejan esta tendencia del hombre del Siglo XXI
- El desarrollo tecnológico y el consiguiente nacimiento de la vida cibernética han producido una extinción paulatina de ciertas formas o rituales de socialización seculares -o relegados, en el mejor de los casos, a una posición ancilar-. No es exagerado hablar de una dualidad emergente entre una sociedad real-tradicional-visible, y una sociedad virtual, que exalta el anonimato, la confusión de identidades y los procesos socializadores en un no-lugar y en un no-tiempo.

⁶ Es recomendable, especialmente para el lector que carezca de bagaje cultural en el ámbito de la ciencia, la magnífica síntesis de Puente Ojea (2008).

➤ La fragmentación, la simultaneidad de las vivencias espaciales y temporales han de relacionarse con la debilidad del sujeto cartesiano, piedra angular de la ontología posmoderna. El yo es una categoría débil, multiforme, proteica, sometida a múltiples cambios que amenazan una identidad estática.

Referencias bibliográficas

- ABBAGNANO, N, (1978). *Historia de la filosofía* (vol.III). Barcelona: Montaner y Simón.
- ADORNO, Th.W. (1973). *Crítica cultural y sociedad*. Barcelona:Ariel.
- AUGÉ, M, (1994). *Los no-lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- BAUMAN, Z. (2010). *Mundo Consumo*. Barcelona: Paidós.
- BECERRA, E., (ed.) (2010). *Ciudades posibles. Arte y ficción en la constitución del espacio urbano*. Madrid: 451.
- BECK, (2002). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.
- BÉGOUT, B, (2007). *Zerópolis*. Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, P, (2000). *Meditaciones pascalianas*. Madrid: Anagrama.
- BRAUDEL, F, (2001). *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Madrid: Fondo de cultura económica.
- CABO, F., (2004). “El giro espacial en la historiografía literaria”, ABUÍN, A y TARRÍO, A., (eds.) en *Bases metodológicas para unha historia comparada das literaturas da Península Ibérica*. Santiago: USC.
- CASTELLS, M, (2001). *La era de la información. La sociedad real*. Madrid: Alianza Editorial.
- CONSTENLA, X, (2010). *(Re)Imaginando o universo urbano*. Santiago de Compostela: Laiovento.
- DEBORD, G, (1999). *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pretextos.
- DELGADO, M, (2007). *Sociedades movilizadas*. Barcelona: Anagrama.
- FOUCAULT, M, (1997). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid: Siglo XXI.
- (2008). *El orden del discurso*, Barcelona: Tusquets.
- FUKUYAMA, F, (1992). *La fin de la l’histoire et le dernier homme*, París: Flammarion.
- GÓMEZ, M y BISCHOFF, J., (ed.) (2008), *Urbes Europaeae. Modelos e imaginarios urbanos para el Siglo XXI*. Kiel.
- HARVEY, D, (1997). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- (1998). *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos aires: Amorrortu Editores.
- (2003). *Espacios de Esperanza*. Madrid: Akal.
- (2007). *Espacios de capital hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.

- JAMESON, F, (1991). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Península.
- KANT, I (1983). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara.
- KOOLHAS, R (2006) *La ciudad genérica*. Barcelona: Gustavo Geli.
- LÉVINAS, E, (1997). *De lo sagrado a lo santo. Cinco nuevas lecturas talmúdicas*. Barcelona: Anthropos
- LIPOVETSKY, G, (1994). *El crepúsculo del deber*. Barcelona: Anagrama.
- y CHARLES, S, (2006) *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona: Anagrama.
- y SERROY, J, (2010) *La cultura-mundo*, Barcelona: Anagrama.
- LOROÑO, M, (2011). “Memoria y posmodernidad: espacio, tiempo y sujeto”, en *Reevaluaciones. Historias Locales y miradas globales*. Zaragoza: Actas del VII Congreso de Historia Local de Aragón, IFC, pp.219-230.
- LYON, D, (2006). *Postmodernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- LYOTARD, J, (1994). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- MARCUSE, H, (1989). *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel.
- NISBET, R, (1996). *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Gedisa.
- NOIRIEL, G, (1997). *Sobre la crisis de la historia*. Madrid: Cátedra.
- PAZ, O. (2000) *Obras completas (vol.I)*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- PUENTE, G, (2000), *O mito da alma. Ciencia e religión*, Santiago de Compostela: Laiovento.
- PUENTE, P., (2009). “Viajes por los paisajes urbanos posmodernos. O de cómo ubicarse en el medio del caos”, en *Boletín de la A.G.E*, nº51, pp. 275-304.
- SÁEZ, L, (2001). *Movimientos filosóficos actuales*. Madrid: Trotta.
- SLOTERDIJK, P, (1999). “El imperio ausente y la hiperpolítica” en *Paisajes después del muro*, DE LA NUEZ, I (ed.) pp.179-192. Barcelona: Península.
- SOJA, E, (1989). *Postmodern geographies: the reassertion of space in critical social theory*, Londres: Verso.
- SORKIN, P., (2002). *Variaciones sobre un parque temático. La nueva ciudad americana y el fin del espacio público*, Barcelona: G.Geli
- VATTIMO, G, (1996). *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura postmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- VEDDA, M, (coord.) (2008). *Constelaciones dialécticas. Tentativas sobre Walter Benjamin*. Buenos Aires: Herramienta Ediciones.
- VIRILO, P, (1997). *El ciber mundo, la política de lo peor*. Madrid: Cátedra.
- (1998). *Estética de la desaparición*. Barcelona: Anagrama.
- ZAVALA, I. (1969). *La postmodernidad y Mijail Bajtín. Una poética dialógica*. Madrid: Espasa-Calpe.